

¿Puede un plebeyo ser cetrero?

Por Carlos Vioque Moreno

Aquella era una gran pregunta y yo me la hacía todos los días de mi vida desde que lo vi. A mí siempre me habían fascinado los pájaros y había soñado con volar, todos los días cuando me levantaba miraba como los ruiseñores cantaban en los árboles mientras lucían sus hermosas plumas pardas o cuando alzaba la vista en un día ventoso y veía como los pequeños gorriones luchaban al parecer inútilmente por no ser arrastrados por las violentas corrientes de aire, cuento habría dado yo en aquel entonces por ser aquellos majestuosos pájaros que rara era la vez en la que no atraían mi atención. Con el tiempo dejé de soñar pero mi afición por los pájaros aumento a medida que conocía más sobre ellos. A la edad de trece años me había colocado como paje de uno de los más importantes emisarios del rey, vivía en palacio en una pequeña habitación cercana adyacente a la de mi amo, este pequeño habitáculo no gozaba de grandes lujos pero conservaba una pequeña ventana a la que yo todas las mañanas me asomaba rememorando mi ya casi perdida infancia, yo Juan Carlos López García era sevillano de nacimiento y había pasado gran parte de mi vida (que hasta ese momento había sido bastante corta) corriendo por las bulliciosas calles de Triana persiguiendo gorriones o jugando con mis amigos, me sentía sin duda muy apegado a mi ciudad de origen más cuando mi padre se vio obligado a viajar Barcelona a causa de su trabajo nos obligó a dejar todo aquello que tanto amábamos atrás. Volviendo a mi estancia en palacio solo puedo decir que no fue del todo incómoda nunca me faltó de nada y podía campar a mis anchas sin que nadie me molestase con la condición de que yo no fuese un estorbo. E aquí un día que me cambió la vida o al menos la forma de verla, estaba yo dando un tranquilo paseo matutino cuando vi a su majestad el rey de Castilla salir por las puertas al jardín acompañado de un séquito vestido de marrón que portaba una caja del mismo color, yo cautivado por la curiosidad decidí seguirlos y descubrí no sin gran asombro como los pajes sacaban de la caja un bello azor con lo que parecía un trozo de cuero tapándole los ojos (con el tiempo averigüé que aquello era una innovación adquirida de los recién conquistados árabes), era impresionante. Unos instantes después observé como se acercaba su majestad con un guante muy ancho calado hasta el codo y como tomaba al ave cuidadosamente y se lo depositaba sobre esa extraña prenda. Después otro hombre sacó del ya mencionado receptáculo (que al parecer debía tener un doble compartimento) una blanca paloma, la cual lanzó al aire. Esta acción me pareció un tanto estúpida hasta que descubrí que su señoría con un rápido gesto le quitaba el trozo el cuero de los ojos al azor y lo lanzaba también al aire, este voló a una gran velocidad hacia la paloma y la atrapó con sus fuertes garras hasta que esta dejó de debatirse, entonces sucedió una cosa asombrosa, el azor en vez de soltarla en el suelo para comenzar a comerla se lanzaba hacia su dueño depositando a

sus pies la pieza, no entendí porque lo hizo pero comprendí que no había manera más noble y bella de estar en armonía con aquellas aves a las que tanto admiraba.

Pasaron los días y su señoría repetía la misma operación recompensando después al azor con una pieza semejante más de ese aspecto nunca llegó a estar seguro porque la mayoría de las veces le requerían en ese preciso momento para servir el desayuno o vestir a su amo. Un día se corrió la voz por palacio de que el azor favorito del rey había tenido crías con otro ave suya, es más tuvo el privilegio de contemplarlos, eran cinco, todos de aspecto robusto aunque era imposible saberlo hasta que creciesen.

Pasó el tiempo y los jóvenes azores pudieron ser puestos a prueba, todos parecían danzar con suavidad en el aire como si de hojas se tratasen más el rey era muy estricto y no consentía errores, si uno no rendía lo suficiente era eliminado. Eso es lo que pasó con uno de ellos, parecía ser un poco más pequeño de lo normal y dejó escapar la paloma lo que provocó enfado en su dueño, que lo abandonó. Yo presencié este hecho y nada más ver que aquel ave se aljaba de los demás decidí intentar atraparla, cogí migajas de pan y las dejé encima de un trozo de tela amarrado por las cuatro puntas por cuerdas que ascendían y una vez unidos todos los trozos en uno lo pasé por encima de la rama de un árbol al que estaba atada la cuerda. Por suerte yo había sido observador y sabía que cuando los demás azores comiesen el echaría en falta el alimento y lo buscaría hasta dar con mi trampa, y así fue, cuando lo vi posado sobre la tela tiré de la cuerda atrapándolo. Ya tenía mi ave pero no sabía qué hacer con ella así que corrí a preguntarle al halconero de palacio, un hombre grueso de tez morena muy aficionado al vino del que con el tiempo me había hecho amigo, se llamaba José Ordoñez y a pesar de todo era una persona bastante sabia, de aquellas que han vivido lo suficiente como para dar buenos consejos. Ese día se encontraba poco ocupado y tenía tiempo para mí, cuando le conté lo sucedido pareció sentirse orgulloso porque yo había aplicado para cazar una técnica que el mismo me enseñó pero explicó muy seriamente que tener un ave requería mucho esfuerzo y dedicación, que no era un juguete, así que me obligó a prometerle que cuidaría y protegería aquella majestuosa ave antes de que me enseñase como cuidarla, no pude negarme a aceptar.

Comencé con las clases al día siguiente, temprano y a escondidas porque continuaba siendo propiedad del rey. Con el tiempo empecé a entender el porqué de aquellos movimientos y fue entonces cuando ya con el azor en la mano izquierda comprendí porqué su majestad el Rey Fernando II de Aragón se levantaba temprano solo para lanzar pájaros, era una sensación que solo se siente cuando estás ahí, mirando fijamente al ave a los ojos, sentía lo que quería, era como una conexión que nunca antes había sentido, no tenía palabras para definir aquello.

Pasaron las semanas y lo que parecía ser una simple afición se convirtió en una especie de adicción, mejoré mi técnica y llegó el momento en el que no necesitaba indicaciones.

Un día se dio a conocer la noticia de que sus majestades se desplazaban a Sevilla a un espacio reservado de caza al que llamaban “Los Palacios” y quisieron que yo les sirviera de guía por Sevilla y a cambio podría residir con ellos y gozar de sus lujos, por supuesto no me negué.

Con el tiempo se conoció el verdadero motivo de su visita, habían decidido organizar un torneo de cetrería al que invitaban a los grandes de España y del extranjero a competir pero también organizaría otro para el pueblo y el ganador de este tendría el privilegio de enfrentarse a los demás nobles. Tan seguro estaba el rey de ganar que ofreció como premio una incontable suma de dinero.

Fue entonces cuando lo decidí, yo participaría entre el pueblo y si ganaba le demostraría a mi rey mi valía. Mientras que mi imaginación volaba decidí practicar con las presas salvajes que podía encontrar en “Los Palacios” en lugar de las palomas que había tenido que pagar de mi bolsillo.

Este magnífico torneo había atraído a Sevilla a toda la nobleza de los grandes países desde los árabes hasta los franceses. Y entre tanto bullicio no me fue difícil inscribirme y esa misma tarde empezó el torneo, que consistía en soltar una serie de palomas con una anilla de un color en la pata y dependiendo del color e recibían más o menos puntos. Cuando lanzaron las palomas no me fue difícil diferenciar la de color rojo (anilla de más valor) rápidamente solté a mi azor, que parecía que me entendía y este se situó sobre la paloma, en su punto ciego, y cayó sobre ella atrapándola y trayéndola a mis pies, no podía creerlo, había ganado aquella ronda. A esta le sucedieron otras diez victorias proclamándome así vencedor del torneo del pueblo, lo que quería decir que pasaba a combatir con la nobleza.

Su torneo era un poco diferente porque en vez de soltar muchas palomas solo soltaban una y los competidores debían ser los primeros en cogerla. A mi ave no le fue muy difícil escabullirse entre las demás al ser más pequeñas y atrapar el objetivo, de manera que terminé ganando a la gran mayoría de árabes y franceses quedando solo el azor favorito del rey.

El rey al dudar ahora de su victoria decidió hablar conmigo pero le expliqué que continuaría así que cuando por fin llegó el momento de la verdad sentí como aquel bello ave me miraba silenciosamente él sabía lo que tenía que hacer así que sin más dilación lo lancé a la par del más grande de España, ambos volaron a gran velocidad más en el momento de atrapar al ave mi azor fue más rápido y ganó.

Me dijeron que no me darían todo el dinero prometido pero sí el suficiente como para poder comprar una villa a las afueras de Sevilla donde poder cazar y vivir tranquilo con mi familia, y ¿qué aprendí? Que con curiosidad y perseverancia podré llegar donde quiera.